

calor. Naturalmente, los Tzotzil distinguen dos almas en el ser humano. Y dentro de la cosmogonía mesoamericana, no nos sorprenderá esta creencia, en el pensamiento tzotzil, según López-Austin: la idea de restitución (deuda con los dioses) es constante. Después de los aztecas, pagan con ofrendas la eterna deuda con los dioses. Y no hablamos del ayer.

En los otros pueblos mexicanos de estos días, examinados por Alfredo López-Austin, se encuentran reiteradas veces las oposiciones por pares contrarios, y los dominios de lo frío y de lo seco, y el ser humano pagando su deuda en el otro mundo, ya en el Mictlan, perdiendo su energía última, desagregándose. Sin embargo, en el Tamoanchan, el acceso al árbol cósmico, en el centro del mundo, es decir en el punto quinto, ocurre el tan anhelado encuentro con los dioses. De paso, es un árbol caliente. En conjunto, este árbol que es el cosmos es la guerra, el sexo, el tiempo, y el terreno del juego de la pelota. Espacios simbólicos en cada uno de los temas de la religión, o de las religiones mesoamericanas.

En suma, clasificaciones topográficas, poder simbólico y tribal combinados. Formas de pensar el espacio social desde las categorías míticas pero no solamente con ellas, con propósitos de organización social. Es decir, necesidades terrestres. El pasaje del mito al *logos* indio, que es lo queríamos demostrar.

## CAMAC (EL QUE ANIMA)

—Quechua. Suramérica—

*Camac* en quechua quiere decir, en primera instancia, “lo que anima”. Pero no únicamente a los seres humanos, sino un soplo que alcanza a todo ser, montañas y campos; la fuerza tras las fuerzas mismas de la naturaleza, “el aliento vital de los ancestros en la cosecha de los campos cultivados, el ancestro absoluto”, dice un gran especialista del pensar andino, el profesor Pierre Duviols, quien se aproximó a la religión andina precolombina desde los archivos de procesos de idolatría del XVII y XVIII. *Camac*, entonces, podemos entenderlo “como una fuerza que animaba el dios regional, a las huacas, siempre y cuando estas no hubiesen perdido

sus poderes, al abandonar su culto los pobladores”.<sup>37</sup> Conviene señalar que *camac* como concepto está también en Garcilaso de la Vega, quien explica el doble culto que recibía, los rituales y las huacas. Está en el padre Holguín, *camanmi* o *camallanmi*, “lo que no es falso ni fingido”. En Holguín, autor del primer diccionario del quechua, cuando quiere decir “que se realiza lo merecido”, entonces es *camay-camam*. Un concepto que se desliza hacia implicancias éticas y políticas: el deber, lo merecido. Lo justo.

El concepto de *camac* no es fácil de agotar. Duviols indica que su raíz es *ka-*, es decir existir. Lo cual no es poco. “La base verbal es *cama*, de donde se desprende una gama de sentidos distintos, cuyos matices implican los de globalidad y orientación”. Y si esto es así, si *camac* es la fuerza animadora, indica Duviols que con el sufijo posesivo en tercera persona, se vuelve *camay* o *çamay*, o sea “el aliento”, y de ahí, *songo* (*/sunqu/*), “el corazón, el nudo, las entrañas”; “el receptáculo escondido de la vitalidad”, añade.<sup>38</sup>

Ahora bien, ¿un concepto puede permanecer ajeno a los efectos históricos de una lengua dominada? Sin duda, difícilmente, y con mayor razón cuando sabemos que hubo una vasta aculturización sufrida en la lengua, el imaginario y las costumbres de los pueblos andinos del XVI a nuestros días. Existe, pues, una deriva colonial del concepto *camac*, y para ello, utilizamos a fondo la contribución de Duviols. En efecto, señala cómo el vocabulario anónimo de 1686 ya consideraba incorrecto el uso de *camaquey* para designar el alma. La cristiana, se entiende. Bajo los efectos sincréticos que produce la prédica de la Iglesia Católica, nunca más intensa que en ese periodo de reconversiones masivas, se le estaba traduciendo como “el creador”. Hay ahí una mezcla, un sobresentido. El dios que habían traído consigo los españoles estaba cargado de un sentido de la creación ilimitado y total, teológico, abstracto. Las encarnaciones precisas y concretas del *camac*, entonces, ¿en qué sujetos se hubo de encarnar? La supervivencia del *camac* se la halla en el culto a las momias de los ancestros (que es combatido como idolatría) y en el respeto a ciertos espíritus, los *camaquen* indica Duviols, más bien espíritus malignos, más cerca del *supay*, el alma errante,

<sup>37</sup> Duviols, Pierre. *Encyclopédie Philosophique Universelle*, Les Notions Philosophiques, Dictionnaire, vol. II, “Conceptualisation des Sociétés Traditionnelles”, “Camac”, p. 3069.

<sup>38</sup> *Ibidem*.

luego asimilado al alma de los endemoniados. Duviols se detiene en el momento en que el *camac* se vuelve *camasca*, inspiración, que necesita de la protección de un lugar sagrado, de una huaca. Y entonces, ya estamos en el terreno contemporáneo de brujos, chamanes y curanderos.

En suma, el concepto *camac* comienza a derivar cuando deja de expresar los ancestrales ritos agrícolas y se confunde con el nuevo culto, el cristiano, con la idea judeocatólica del dios único creador. A mi entender, de esa asimilación el concepto de *camac* sale empobrecido. De ser una fuerza impersonal que trabaja sin necesidad de un diseñador, sale reducido a un principio fundamentalista fuera de la lógica andina. El *camac* de los precolombinos está más cerca de las reglas del azar y la probabilidad de la selección natural de Darwin, y el conocimiento de la física cuántica de nuestro tiempo que de la teología cristiana. Con los brujos andinos, el declive se ahondó, pasó a ser “la marca”, el soplido del curandero. Sin duda permanece como un espiritualismo panteísta, aunque disminuido. Lejos del inicial *ka*, advertido por Duviols, que se confunde con la idea misma de energía y materia en la ciencia y la filosofía occidentales, como pasamos a examinar.

### **IQUICU, ECACO (EQUECO)**

—Suramérica, Perú, Bolivia. Aimara—

Siempre está sonriente, los bolsillos con muchas cosas, igual camiones, aviones, dinero. Lleva consigo casas, aparatos eléctricos y vicuñas, va a todos los lugares, vende de todo, es el comerciante, el vendedor, que se extiende por los Andes meridionales, desde la región de Potosí de donde recoge tejidos, a los valles andinos hasta el Ecuador. El padre Urbano, que estuvo mucho tiempo en el Perú, recuerda que en el *Vocabulario* aimara de Bertonio (1612) no es sino el nombre de un dios, Thunupa.<sup>39</sup> Y quiere decir el artesano hábil, el que puede hacer de todo. González Holguín (1609) lo traduce como embustero, y entusiasta chismoso. Natural, va de aldea en aldea. La imagen contemporánea es la de un hombre sobrecargado de todo tipo de productos

---

<sup>39</sup> Bertonio, L. *Vocabulario de la lengua aimara*. ed. La Paz, 1984. Citado por Urbano, Henrique. *EPU*, vol. II, tomo 2, p. 3079.